

Débora Castillo

*Poco bebo para lo mucho
que tengo que tragar*



DÉBORA CASTILLO

POCO BEBO PARA LO MUCHO
QUE TENGO QUE TRAGAR

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** Y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

© Débora Castillo, 2021
Publicado de acuerdo con Meucci Agency - Milán

© Editorial Planeta, S.A., 2021
Martínez Roca, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-270-4827-0
Depósito legal: B. 2.214-2021
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

1

ABANDONADA. DÍA 1

«Me lo prometiste ante setenta y tres personas y mirándome a los ojos. Tengo testigos de que eres un traidor».

Hablo con él en voz alta al mismo tiempo que desahogo la maleta en la habitación del hotel, pero Plácido no me oye porque no está aquí. Él sigue en nuestra casa. Esta noche dormiré como un tronco en nuestra cama, mientras que yo no pegaré ojo en esta otra, tan grande como extraña.

Plácido ha escogido la hora del desayuno para darme la noticia, y nada más oírla, mi cerebro se ha puesto a girar en círculos al son de sus palabras, como las bailarinas de las cajas de música atrapadas siempre en la misma melodía. Hablaba mirándome por encima de las gafas sujetas en la punta de la nariz, sentado a la mesa, uno frente al otro, y él ha alargado las manos para sujetar una de la mías.

—Lo que ocurre, mi amor, es que llevamos tanto tiempo juntos que ya no nos sorprendemos. ¿A ti no

te pasa? —me ha preguntado, solícito, como si lo natural en estos casos fuera interesarse por la opinión del otro.

—No sé —he acertado a decir.

—Pues eso es lo que digo, Claudia, que lo damos todo por hecho y de repente, ¡zas!, la vida te da una hostia, aunque sea agradable como es mi caso, y te lo replanteas todo.

Agradable, para él, y tendría que haberle dicho que me parecía un comentario muy poco acertado, teniendo en cuenta a quién se lo estaba haciendo; vamos, que estoy segura de que, en el manual básico de funcionamiento de las personas, pone que no hay que decirle a tu mujer que enamorarte de otra es una hostia agradable. Pero claro, he seguido muda porque mi cerebro estaba en bucle, de esos de las montañas rusas.

—Es un poco como si me diera rabia, ¿sabes? —seguía arreglándolo—. De que me conozcas tanto, de no poder fascinar. Te sabes todas mis miserias..., que no soy maravilloso. A ti no te puedo engañar. Y de repente aparece alguien —y con «alguien» se refiere a una chica veinticinco años más joven que él—, que te mira deslumbrada y piensas: «Esto es lo que necesito». —Plácido todavía sostenía mi mano entre las suyas y de repente he notado que me la apretaba en un intento de confortarme—. Es que se habla mucho de que si a las mujeres se les exige estar estupendas a

cualquier edad y que si las mujeres de más de cincuenta ya no cuentan, pero los hombres también sufrimos nuestra presión, ¿eh? Que también nos volvemos invisibles y las chicas jóvenes no tienen ojos más que para los niños, joder. —Ha soltado la tostada en el plato y por primera vez en todo su monólogo me ha parecido ofuscado—. No nos tienen en cuenta y nos entra el bajón. Si en esa situación aparece una chica guapa, profesional, que te mira arrobada y te dice que molas mucho..., ¿qué puedes hacer? Pues enamorarte de ella, claro.

Por fin he logrado que mi cerebro le diera a mi mano la orden de retirarse de entre las suyas y la he usado para agarrarme al borde de la mesa, para no caerme de la silla. Plácido ha interpretado este gesto como hostil —con razón— y enseguida ha intentado exculparse, fingiendo que me exculpaba a mí.

—Lo siento mucho, cariño, no quiero hacerte daño. No es nada que hayas hecho tú, Claudia, en serio. Eres una mujer fabulosa, la mejor compañera que un hombre podría desear. Yo te agradezco todos estos años y espero haber sido igualmente bueno para ti. Créeme, yo no buscaba a nadie, no ha sido intencionado. Ella simplemente se cruzó en mi camino y pasó lo que pasó. A los dos.

Llevaba ya un rato escuchando sin mirarle a la cara y cuando me he atrevido a hacerlo, él lo ha entendido como un acto de indulgencia, así que, para compen-

sarme por mi resignación, me ha ofrecido una perspectiva que quizás no había considerado y que, según aseguraba, me favorecía claramente.

—A lo mejor esto es una crisis y dentro de unos años vuelvo contigo con el rabo entre las piernas. O puede que ella se canse de mí y me abandone. Pero ahora no tengo opción, Claudia, esto tengo que vivirlo. Lo entiendes, ¿verdad?

Durante todo el mal trago yo he estado tan callada como un cadáver y cuando por fin se ha quedado en silencio dándome un minuto de tregua, lo único que he sido capaz de hacer es levantarme de la mesa y largarme de la cocina.

Mientras estaba subiendo las escaleras le he oído llamarme.

—¡Claudia! ¿Es que no vas a decir nada?

No he querido detenerme porque no estaba segura de haber podido retomar la marcha y, muy posiblemente, hasta me hubiera desmayado, así que he seguido andando hasta entrar en nuestro dormitorio. He sacado del armario una bolsa de viaje y he empezado a llenarla de ropa sin mirar si era la adecuada para la estación y mis circunstancias. De hecho, ahora me doy cuenta de que en el equipaje no hay ni un solo par de bragas, en cambio me he traído dos vestidos de noche —uno con un broche de pedería y plumas en la cintura, y otro de color rosa con ribetes de chinchilla en el cuello y los puños— y

he cogido muchas camisetas, pero ni una falda ni un pantalón.

«Tengo que salir de aquí... No quiero oír nada más... Tengo que irme...», me iba repitiendo en voz alta mientras llenaba la bolsa.

Al bajar me he encontrado con Plácido esperando al pie de la escalera.

—Pero, ¿a dónde vas, Claudia? Anda, espera un momento y escucha lo que tengo que decirte.

Yo he pasado de largo con toda la dignidad que mi estado de entumecimiento físico y mental me ha permitido.

—¿Qué haces? —me ha preguntado con un tono de suave regañina, como se reprende a una criatura que ha hecho algo malo que en el fondo te hace gracia—. No tienes que irte ahora mismo. Sonia entiende que te llevará un tiempo encontrar un sitio adecuado al que mudarte. No hay ninguna prisa.

Si llego a oír una palabra más me hubiera desplo-
mado allí mismo: por suerte para mí, ha decidido no volver a abrir el pico y he conseguido escapar. Por suerte también, llevaba las llaves del coche en la mano. He tirado la bolsa en el asiento de atrás, me he sentado al volante, he salido por el camino asfaltado en dirección a la verja de la finca y he conducido colina abajo, con el mar a mi derecha. Hacía sol.

El teléfono móvil ha sonado siete veces en lo que he tardado en llegar al pueblo. He entrado en el primer

hotel con el que me he topado y ahora estoy aquí, metiendo camisetas en los cajones mientras me digo a mí misma lo que le tendría que haber dicho a él.

«Me juraste que hasta que la muerte nos separase, Plácido. Y yo te creí».

2

ABANDONADA. DÍA 2

Me despierto e inmediatamente me entra un ataque de ansiedad. La habitación del hotel se me cae encima, como un presagio de lo que me espera: un empezar de cero que me aterra y que rechazo, y la certeza de que jamás voy a recuperar mi vida de hace tan solo un par de días.

Anoche apagué el teléfono móvil después de contar trece llamadas de Plácido. No contesté a ninguna para no desmentir la fantasía de que ya me echaba de menos y me debí de quedar dormida de madrugada, agotada de tanto comerme la cabeza. Quiero desesperadamente volver a dormirme para dejar de pensar, pero no logro conciliar el sueño. Tengo ganas de hacer pipí así que me levanto y se me va un poco la cabeza, pero consigo llegar al lavabo. Estoy delante del espejo; tengo la nariz roja, los ojos hinchados y el pelo revuelto. Estoy vestida con la misma ropa con la que salí de casa —pienso con cierta aprensión que lle-

vo veinticuatro horas con las mismas bragas— y veo encima del mármol un neceser que no recuerdo haber preparado: el sabio subconsciente trabajando por su cuenta. Un rayo de esperanza me sacude y abro la cremallera ansiosa. «¡Sí!», pienso al ver la caja en el interior. Saco dos pastillas del blíster y me las trago con un sorbo de agua que bebo a morro del grifo. Vuelvo a la cama y me meto dentro, otra vez con la ropa puesta.

Mientras espero que llegue el sueño anestésico, me acuerdo del verano en el que conocí a Plácido, en 1988. Fue en Barcelona, en La Enagua, un pub de la calle Casanovas en el que se daban cita jóvenes de clase media que simpatizaban con la izquierda y los hijos de la burguesía que creían rebelarse contra su condición de niños pera frecuentando locales malditos, para beber y fumar hachís.

Plácido era uno de estos últimos, un estudiante de arquitectura hijo de arquitecto, destinado a trabajar en el estudio internacional de papá desde el momento en que nació el primero de cuatro hermanos, y, por tanto, heredero natural de la tradición y el buen nombre de la familia.

La noche en que nos conocimos era la primera vez que él y sus amigos iban a La Enagua, y aunque los demás niños bien intentaban disfrazarse de progres, Plácido y su pandilla iban de pijos con todo su desparpajo. Yo llegué sobre la medianoche con un cáma-

ra de televisión que había conocido en Madrid y con el que llevaba cuatro o cinco meses acostándome. Le habían ofrecido trabajo en TV3 y yo estaba planteándome qué hacer con mi vida después de dar por terminada una etapa en la televisión. El pub estaba lleno, como siempre, y mi amigo pidió dos cubatas de ginebra Giró con Coca-Cola y nos sentamos con su grupo. Estábamos charlando cuando noté que me tocaban en el hombro. Era Plácido, con su pelo castaño y espeso, su polo Lacoste de color verde y sus vaqueros Levi's —la gran mayoría allí éramos de Lois.

—Hooooo. ¿Qué tal? Estoooo..., que allí, mis amigos —dijo, señalando a un grupo de chicos que levantaron su copa al unísono cuando miré hacia ellos— dicen que sales en la tele. ¿Es verdad?

—Ya no —respondí, devolviendo el brindis al graderío y sonriendo.

Plácido era muy guapo y la testosterona del cámara, que estaba sentado a mi lado, le obligó a intervenir con cara de mosqueo.

—¿Qué quieres?

—Saludar —repuso Plácido, alzando las manos en son de paz y aguantándose la risa. Iba bastante achispado.

—Pues ya has saludado. Desfilando por donde has venido.

Plácido le ignoró y se dirigió a mí.

—¿Quieres tomarte una copa con nosotros?

Yo ya estaba rendida al descaro que gastaba el chico del Lacoste verde. Plácido me alargó el porro que se estaba fumando al mismo tiempo que el cámara me pasaba el que se estaba fumando él. ¿He dicho ya que Plácido era muy guapo? ¿Que tenía una sonrisa que prometía diversión y unos besos de ensueño? ¿Que yo tenía veintiún años y muchas ganas de fiesta? Cogí el de Plácido y el cámara se levantó de mala hostia, y le dio un empujón.

El camarero, un melenas con bigote en camiseta blanca de tirantes, se acercó a poner paz y en cuanto los separó, Plácido se dirigió a mí.

—Yo me voy ya. ¿Te apetece venirte conmigo?

El cámara me dijo que, si me iba, ya podía ir sacando mis cosas de su piso, y claro, yo me largué con Plácido.

Echamos a andar sin rumbo hablando de nosotros. Él me contó lo de su carrera y su familia rica, y yo le conté que a los diecinueve años me había ido a Madrid desde mi Almería natal; que antes de eso había estado trabajando en el bar de mis padres hasta que reuní dinero para irme; que me había presentado al *casting* de azafatas del *Un, dos, tres... responde otra vez* para reemplazar a una que iba a casarse, y que me habían cogido; que me habían cambiado el nombre por uno que daba a entender que era extranjera —soy rubia, ahora teñida, y tengo los ojos claros— y que me hacían hablar con acento; que la etapa había acabado

en enero y que estaba tomándome un descanso; que lo más lógico sería regresar a Madrid ahora que el cámara me había echado del apartamento porque allí estaban mis amigos y conocía gente de la tele que podía conseguirme trabajo otra vez, aunque no me apetecía demasiado. La noche acabó en un hotel que había proyectado el padre de Plácido y en el que el estudio tenía reservada una suite a perpetuidad para VIPs y asociados. Plácido resultó ser tan divertido como me esperaba, con ese punto tan desvergonzado que solo se pueden permitir los niños ricos y consentidos: a las cuatro de la mañana pidió una botella de champán caro y dos solomillos con patatas para matar el hambre de los porros y el sexo. Pasamos todo el domingo igual de regalados, pidiendo todo lo que nos apetecía al servicio de habitaciones, entre sexo y siestas. Aquella fue la primera de muchas noches fabulosas que Plácido y yo hemos pasado durante los últimos treinta años.

Alargo la mano con la esperanza de encontrar su cuerpo al lado del mío. Todavía doy algunas vueltas, pero el sopor me va ganando. Desde la ventana solo veo la pared de un patio interior. Desde la ventana de mi dormitorio se ven los árboles... el césped... la casita del jardín.